

Angel Palomino

ZAMORA Y GOMORRA



Ésta es una obra en la que el humorismo se rebela como medio idóneo para la más rotunda crítica del peculiar vicio de las ciudades pequeñas de todo el mundo: la murmuración.

Una visión crítica, desenfadada y cruel de la sociedad, que se desarrolla en una ciudad con mente pueblerina en nuestra «piel de toro», unas veces con irritación, otras con ternura y con una cordial humanidad, fustiga este comadreo que a menudo causa tragedias, deja resquemores y destroza familias y amistades.

Cuando Pili *la Maña* se detuvo ante la puerta del Gobierno Civil de Zamora, decidida a «cortar por lo sano», estaba convencida de que aquel acto afectaría solamente a dos personas: a ella misma y a Lina *la Pelocaqui*.

—¿Con quién hay que hablar para poner una denuncia?

El policía armada avanzó hasta el centro de la calzada.

—¿Ves esa puerta donde pone Comisaría?

—¿Cuála? —Pili entornó los párpados fingiendo un esfuerzo embustero, como si la vista le fallase—. Es que no me he traído las gafas, ¿sabe usted...?

—Sí, ya lo sé; y que a vosotras os estorba lo negro. La comisaría es esa puerta de color café...

—¿Aquella que tiene la bandera española pintada en lo alto? Pues, para que usted vea, yo siempre había creído que era un estanco.

Y, sin esperar respuesta, se alejó moviendo en aparatoso borneo sus caderotas de cuarentona bajita y gorda.

Se iniciaba así un pequeño conflicto privado; un conflicto particular entre dos veteranas retiradas del jergón mercenario; un conflicto enano intrascendente en apariencia, pero cargado con tanto poder explosivo como tuvieron —a escala internacional— los pequeños conflictos de Dantzig y Sarajevo, el telegrama de Ems o el desenfrenado capricho de Enrique VIII por Ana Bolena.

Cuando Pili *la Maña* entró en la Comisaría, la ciudad de Zamora no advirtió nada extraño ni anormal. Ningún zamorano sintió escalofríos; ningún agorero percibió signos fatales en el vuelo de los pájaros, en el rumor de las aguas o en el concierto de las nubes. Era un día. Un día que, en apariencia, se iniciaba como otro cualquiera... Era el día...

**16 DE FEBRERO
VIERNES**

El inspector de guardia terminó la lectura del acta de comparecencia. No estaba muy orgulloso de la redacción, porque era hombre cuidadoso del estilo y amante de la literatura aplicada a su profesión. «Un informe —le habían dicho en la academia— debe ser: breve, claro, conciso y completo»; él procuraba siempre aproximarse a la perfección dentro de tales normas. Pero en aquella ocasión, a hora tan temprana, después de una noche sin dormir y cuando aún no había llegado el pesado del ordenanza con el café con leche ni el pesado de su compañero Salcedo con el relevo, el acta de comparecencia sólo poseía una de las cualidades exigibles: la claridad. Lo que Pili denunciaba estaba clarísimo.

—Firme aquí —dijo el inspector.

—Es que... no me he traído las gafas... Con las prisas...

—Eso ya lo dijo cuando la invité a leer su declaración; por eso se la he leído yo; pero no querrá que también se la firme... ¿O es que no sabe usted firmar?

—Pues, la verdad, una no ha ido al colegio, ¿comprende usted?

—¿Y usted cree que eso se lo va a arreglar un oculista?

—No, señor; ya sé que eso no lo arreglan los oculistas, pero algo hay que decir, ¿comprende usted?

—Comprendo.

Y la denuncia quedó firmada con la huella desparramada y laberíntica del pulgar derecho de Pili... *la Mañana*. Eran las ocho y quince de la mañana. Pili siempre había opinado que las buenas obras y los negocios importantes deben empezarse temprano.

Extraña opinión en quien, como ella, debía su relativo bienestar a haber pasado los mejores años de su vida acosándose más bien tarde.

Pili había tenido sus buenos dieciocho años. Y sus buenos veinte.

A los dieciocho era una niñerita analfabeta, pero muy graciosa. Con esa gracia que les dan los delantales bordados y las cofias a las campesinas que empiezan a hacerse mujeres en el ambiente refinado de las casas ricas. Esa gracia que sólo se estropea cuando los domingos por la tarde aprovechan su libertad para colgar el uniforme de un clavo y enfundarse en uno de los vestidos que componen su limitado pero delirante y multicolor vestuario particular.

Todo pudo haber marchado maravillosamente en Zaragoza para los dieciocho años apretados de carnes y jubilosos de espíritu de Pili; la vida está llena de maravillosos acontecimientos para las ingenuas muchachas de Calamocha. Pero el ser humano es él y su circunstancia. Y la circunstancia ejerce una influencia tanto más sensible cuanto menos acusados son la personalidad, la formación y el carácter del ser humano. Imagínese con qué enorme fuerza hubo de afectar a un ser tan primario como una niñera. Y analfabeta además.

La circunstancia de Pili era nada menos que la guerra. Sin la guerra, hubiese tenido un novio soldado cada año y se hubiese casado, por las buenas, en Calamocha, con cualquiera de ellos; con el del último remplazo probablemente. Pero durante la guerra, paseaban por Zaragoza soldados muy diferentes a los inocentes labriegos vestidos de caqui que en los años de paz animan con su presencia los parques, los jardines y los corazones de las sirvientas, mientras ellas, a su modo, hacen así una especie de servicio mili-

tar femenino que también las pule y las despabila un poco para el resto de sus vidas.

Pili se hizo novia de Mouriño, un cabo de la Legión de los muchos que había en Zaragoza. Hacerse novia de un cabo legionario en aquellos tiempos era bastante arriesgado para cualquier jovencita: la niñera supo lo que es la guerra como lo puede saber un legionario. Se alistó tras su cabo en la 5.^a Bandera y anduvo de frente en frente viviendo la áspera vida del soldado más arriscado, del más jactancioso y bravo, del más bullanguero y disciplinado del Ejército español.

Pili paseó su figurilla graciosa de cantinera legionaria — su pecho generoso dibujando curvas inéditas en la sobria camisa militar— por las trincheras de los frentes en los que la temperatura de la lucha se hacía más elevada. La Legión era el remedio de urgencia para las situaciones difíciles. A costa de su propia sangre, el Tercio ejerció en innumerables ocasiones un peso más decisivo que la Aviación y la Artillería juntas. A la hora de los tiros, las cantineras eran un legionario más.

El médico de la Bandera mandó a Pili a la retaguardia cuando advirtió cierta deformidad muy poco militar en su silueta.

—Niña, lárgate para Zaragoza, que está feo llevar una tripa de siete meses debajo del uniforme.

Tuvo un niño y lo perdió antes de que el angelito llegase a los dos meses. Una vez embarcada en la vida revuelta de los legionarios, Pili andaba más pendiente del pingoneo que de la lactancia; casi sin darse cuentas, unas calenturas con mezcla de colitis y deshidratación, la dejaron sin hijo. El cabo Mouriño fue a Zaragoza, enterró a la criatura, pegó a Pili una paliza, como debía ser, y se la llevó otra vez al frente a ganarse honradamente la soldada de cantinera.

Poco después murió; una baja más en los ejércitos nacionalistas. Una baja tonta. En la guerra, los hombres suelen morir de las maneras más tontas. Una muerte bella co-

mo la de Churruca, Daoiz o el cabo Noval es premio que la vida concede a muy poca gente. El cabo Mouriño ni siquiera murió de un tiro: los tiros no lo mataban, estaba demostrado. En la manga izquierda lucía siete galones dorados, siete ángulos de herido en combate. Cada galón era el testimonio de que aquel cuerpo tosco de marinero celta soportaba sin detrimento grave la acción perforante de las balas y las desgarraduras de la metralla. Siete veces había sido retirado del frente, convertido en un pelele medio destrozado, para regresar al cabo de poco tiempo con el cuerpo sano y el corazón templado para la pelea.

No era Mouriño un caso único ni excepcional. Abundan en los frentes estos sujetos en quienes se combinan extrañamente la fortuna y la desgracia de tal manera que no hay fregado del que no salgan malheridos ni herida que los mate. Compensan los días de calentura, las dolorosas curaciones, los insomnios atormentados, con unas principescas convalecencias que su aureola heroica hace más amables. Una suerte perra combinada con una extraordinaria buena suerte.

Mouriño, siete veces burlador de la muerte, triunfador sobre ella a través de perforaciones de intestino, roturas de la femoral y trepanaciones de cráneo, murió ahogado en una charca. Gallego y pescador, no sabía nadar, lo cual, por cierto, es muy frecuente entre la gente marinera.

Había llovido mucho. Durante cinco días el agua tuvo encerrada a la guerra —al menos en aquel sector— entre los húmedos paréntesis de una borrasca empujada, como es costumbre en la meteorología ibérica, desde las Azores.

La charca no era un accidente casual: estaba destinada a ser algún día refugio antiaéreo. Al menos eso pretendía el alto mando del sector. La orden de construir aquellos refugios no había sido tomada a broma por milagro: desde luego, por razones al margen de su valor táctico. Porque la Legión nunca da muestras de indisciplina, y, menos aún, cuando, como allí sucedía, el mando de la División lo personifi-

caba un joven y patilludo general que había lucido la «teresianista»^[1] en todos los empleos de su carrera militar. De otra forma, los legionarios jamás se hubiesen molestado en construir algo tan poco glorioso como un refugio antiaéreo. Que se sepa, no ha habido una sola página heroica de la Historia que haya tenido por escenario un «bunker». Los refugios antiaéreos sólo han sido buenos —dejando aparte su utilidad táctica— para rezar apresuradas jaculatorias entre tiritones de miedo o para levantarse la tapa de los sesos en los últimos minutos de una resistencia en desplome irremediable. Sirven, y ésa es su utilidad táctica, para refugio de las tropas que no están empeñadas en el combate; para mantenerlas en seguridad hasta el momento en que el mando considera oportuno emplearlas con toda su capacidad de fuego, de alarido y de sorpresa. Pero los legionarios no se refugian. Nunca. Si acaso, se parapetan; pero se parapetan para combatir, para continuar adelante; no para sustraerse al combate ni, mucho menos, para escapar de sus riesgos.

El general lo sabía. A pesar de ello, dio la orden: el refugio sería construido y quizás, algún día, recorriendo las avanzadas, podría dar a sus hombres una hermosa prueba de valor. Aparecería la aviación adversaria... «¡Al refugio todos menos los centinelas!», gritaría contemplando displicentemente a los aviones con sus prismáticos de general.

A la fuerza, después de sacudir algún guantazo que otro, los sargentos conseguirían encerrar a unos cuantos legionarios en el refugio. Los oficiales se quedarían fuera fingiendo estar atareados en la búsqueda de legionarios a quienes refugiar. El general observaría el paso de los aviones fingiendo no ver a su lado al ayudante y al comandante de la posición, para evitar tenerles que ordenar entrar en el refugio. Caerían unas granadas, quizá, por allí cerca, pero el general y su ayudante y el jefe de la posición permanecerían impávidos mirando a lo alto. O saltarían por los aires camino de la gloria de los guerreros valientes. Y los legio-

narios se sentirían mandados como debe ser. Porque la Legión es así.

Había llovido «más que cuando enterraron a *Bigotes*» — según apreciación personal del sargento Calatrava—. El sargento Calatrava siempre decía lo mismo cuando llovía intensamente, y, aunque parezca mentira, gracias a esta frase y a otras pocas más —«te voy a sacudir una patada que vas a quedarte vestido de bailarina húngara», «callarse, que no se ve», «el miedo es libre y cada uno puede coger lo que quiera» y «más vale pájaro en mano que patada en los riñones»— había adquirido fama de gracioso. Es evidente que estas frases difícilmente podrían ser incluidas en una antología de ingeniosidades. Pero el sargento Calatrava actuaba para un público de mineros asturianos alistados en la Legión por amor al peligro; de campesinos y marineros gallegos que buscaban una soldada más generosa que la del modesto infante de remplazo —los gallegos pretendían con ello cumplir sus deberes patrióticos y, como de costumbre, ahorrar dinero—; de señoritos en busca de una muerte gloriosa, a quienes tenía sin cuidado el ingenio de ningún sargento, porque lo que más les preocupaba de los sargentos era lo fácilmente que, olvidando cualquier diferencia entre un marqués romántico y un gañán, repartían bofetadas e insultos con el fin de mantener firme la disciplina. Disciplina de hierro, eso ha sido siempre la Legión. Pero no al estilo prusiano, convirtiendo al hombre en un muñeco que saluda, gira a derecha e izquierda, mata y, si se le ordena, muere arrojándose desde un torreón o defendiendo un Stalingrado imposible. La disciplina de la Legión es todo eso, pero con alegría, con cante flamenco, con barraganas y lenguaje áspero de burdel y taberna, con palmas y chufas, con poesía y, sobre todo, con un afán sobrehumano de ser el primero, de ser el más admirado, de alcanzar el punto más alto, más avanzado y de clavar en él la bandera o el guión agujereado de la Compañía, aun a costa de perder en el intento esa cosa tan secundaria que es la vida.

Como consecuencia de las lluvias, el trincherón que algún día sería refugio antiaéreo embalsó una respetable cantidad de metros cúbicos de agua teñida del sucio color rojizo de la arcilla. El frente gozó de una tregua vigilante y armada hasta los dientes. Los ejércitos permanecían inmóviles, pero los puestos de observación, los centinelas y los escuchas vigilaban con un cartucho en la recámara y una granada en la mano, decididos a no dejarse sorprender por aquella apariencia de paz.

Así, en un momento de lluvia mansa, pero abundante y terca, que convertía en sucios meandros los recovecos de las trincheras, alguien inició el «fregado». Fue entre dos luces, al atardecer; empezó como casi siempre: un grito, un bombazo de mano y el canto de las vigilantes ametralladoras.

Las ametralladoras son como los perros guardianes del frente. Permanecen medio echadas sobre sus trípodes, dormidas con un ojo abierto y otro cerrado, y rompen a ladrar nerviosamente, insistentemente, a la menor señal de peligro. El ladrido de una es inmediatamente coreado por otra y otra y otra. Resulta difícil precisar cuál fue la primera en romper la calma; luego, durante largo rato, ladran por ladrar y resulta poco menos que imposible reducirlas al silencio.

El parte del Cuartel General ni siquiera mencionó aquella acción; realmente, no se llegó a saber si hubo lucha. Tiroteos como aquél se originaban, a veces, por culpa de una rata poco cautelosa o de un perro neutral que se buscaba la vida o el amor en la tierra de nadie. Todo quedaba en pirotecnia, aunque nunca faltaba el centinela quimérico que juraba haber visto al enemigo a dos pasos de su nariz. Hubo gritos, vivas, muertas, cantos heroicos, blasfemias, lágrimas y oraciones.

Mouriño, siempre listo para la pelea, buscando el camino más corto hacia su puesto, corrió a lo largo del borde del refugio, resbaló y cayó al sucio estanque. Su cuerpo,

lastrado con once kilos de diferentes útiles mortíferos, quedó incrustado en el barro del fondo.

Es difícil encontrar muerte más tonta. En medio de un combate que ni siquiera se sabe si es combate o sesión de fuegos de artificio, un sujeto, gallego de nacimiento y pescador marinerero de oficio, un soldado ducho y aguerrido con siete heridas de bala que no han logrado matarle, muere ahogado en una charca formada en el hueco de un refugio en el que nadie pensaba, en serio, refugiarse jamás.

Pili quedó, más o menos, viuda. Su viudez amenazó convertirse en un peligro para la paz psicológica de aquella unidad de guerra. Varios caballeros de diversas graduaciones pretendían ocupar la vacante de Mouriño. El comandante de la Bandera, que, según confesó, tampoco se sentía de piedra ante los encantos de Pili, ordenó su inmediato licenciamiento con pasaporte y viaje por cuenta del Estado, pues la Bandera se encontraba por entonces en el Clínico, o sea, en las ruinas de la Ciudad Universitaria: las ruinas más ametralladas del frente de Madrid.

No obstante la generosa providencia con que el Estado facilitó a Pili los medios para trasladarse a Zaragoza, nunca llegó a realizar el viaje. En Leganés se encontró con Trini *la Pinto* que, sin alistarse en el Tercio, estaba muy introducida en los medios legionarios. Tenía montada una especie de taberna-prostíbulo que desde Talavera de la Reina había seguido a las columnas del Ejército hasta el mismo frente de Madrid.

Pili conoció entonces la vida ajetreada de los burdeles de vanguardia, hasta los cuales llegaba la artillería enemiga y donde, a veces, había que pedir prestado un fusil para ayudar en un mal cuarto de hora a los muchachos de las avanzadas, no por odio al enemigo, sino por noble solidaridad con unos buenos amigos; por una suerte de agradecimiento de aquella zona semicivil que se empapaba como una esponja con las pagas de quienes en las lomas del ho-

rizonte inmediato, aprendían, a sangre y fuego, lo poco que vale el dinero.

Pili *la Maña* tampoco daba demasiada importancia al dinero. Si ahorró unos billetes no fue por avaricia, ni siquiera por espíritu previsor, sino porque escaseaban ocasiones para gastarlos, mientras que sus carnes apretadas eran una magnífica mercancía.

Cuando terminó la guerra se casó —por las buenas y mediante las oportunas bendiciones— con Paco Méndrida, el machacante de los sargentos de la 25.^a Compañía, simpático sinvergüenza con el que había descorchado más de una botella en la relativa intimidad de su cuarto de barragana de vanguardia.

Toledo fue durante dos años largos algo así como la capital del frente de Madrid. La milenaria ciudad, pese a sus gloriosos monumentos y a su severo aire archiepiscopal, pese a sus cicatrices y a sus trincheras a tiro de fusil del casco urbano, era la más dorada ilusión de los que sólo podían alcanzar un permiso de veinticuatro o cuarenta y ocho horas.

—Compraré una casa en Toledo —dijo Pili—. Pondremos una tienda de comestibles finos.

Paco se opuso.

—Tenemos que irnos a la retaguardia.

—Ahora es todo retaguardia.

—No, Pili; para nosotros esto no va a ser nunca retaguardia. Estamos muy vistos. Nos iremos a Zamora.

Hablar a Pili de Zamora resultaba aproximadamente lo mismo que nombrarle Mombasa o Interlaken. Recordaba que en su Compañía, la de sus tiempos legionarios junto a Mouriño, había un tipo nacido en Interlaken, un chico guapo y rubio que cazó un tanque ruso haciendo «jibaku», como los pilotos suicidas japoneses. Recordaba también al cabo *Pistolo*, un negro feísimo, pero muy arrojado, del que decían que había nacido en Mombasa, en un bidón de alquitrán. Y al sargento García, que tenía pelo blanco cuando

consiguió los galones de sargento defendiéndose a punta de machete en las ruinas de una casucha de Illescas. Al recibir los galones, aquel hombre, cabo durante diecinueve años y veterano de dos guerras, dijo: «No se ganó Zamora en una hora». Y esto es todo lo que Pili sabía de Interlaken, de Mombasa y de Zamora... Conocía a los hombres, no a los pueblos.

—¿Cae muy lejos? —preguntó.

—Como Teruel, pero a la otra parte.

Entre ellos, las referencias geográficas eran así, a la medida de la guerra. Ni la industria ni el comercio ni la demografía se tenían en cuenta: ciudades importantes en su memoria, eran Belchite, Oviedo, Amposta, Brunete, Peñarroya: puntos en los que la fricción entre los ejércitos combatientes habían alcanzado las más altas temperaturas. La guerra creó un sistema de exposición científica, de pesas y medidas. Un niño pesaba lo que el trípode de una ametralladora; quince minutos de amor mercenario, sucio y apresurado, valían lo mismo que cinco días de la paga de un soldado; había muchachas calientes como el cañón de una ametralladora y otras frías como un centinela en la batalla de Teruel...

—A mí no se me ha perdido nada en Zamora —dijo Pili.

—Ni a mí; pero aquello es la gloria; ya lo verás.

Paco, al contrario que Mouriño, había sido un legionario más de segunda línea que de primera. Llegó a ser muy conocido entre la población civil de las zonas inmediatas a los frentes que ocupó su Bandera. «Conocido y honrado por todo el mundo», decía él. Exageraba. Conocido nada más. En Getafe, Griñón, Toledo, Huesca y hasta en las grandes ciudades alejadas del frente, llenas de cuarteles generales y de hospitales de sangre, la población civil estaba muy fogueada y no tomaba en serio a un hombre por que llevase calaveras tatuadas en los brazos o una pierna escayolada. Todos, incluidos los niños y los viejos, eran un poco combatientes; hacían servicios de armas en los que se jugaban un

poco la piel y estaban prestos a acudir en socorro y ayuda de los combatientes del cercano frente cuando la actividad enemiga lo hacía necesario. Ni los niños ni las muchachas se impresionaban por algo tan vulgar como un soldado herido. Además, había más soldados, falangistas, legionarios y alféreces provisionales que niños y muchachas. En Zamora, no.

Paco, antes que machacante fue fusilero. Poco tiempo: el suficiente para recibir lo que él pedía cada mañana y cada noche a la Santísima Virgen del Dolor Mayor, patrona de su pueblo, desde el mismo día en que juró bandera: un tiro de suerte. Son muchos los combatientes que piden un tiro de suerte al santo de su devoción. Lo malo es que los santos parecen carecer de técnica, poseen muy escasos conocimientos de balística y cometen, a veces, graves errores en el cálculo de las trayectorias. O, quizás —esto es lo más probable—, los santos se mantienen al margen de tales trapisondas.

Son tantos los que aspiran a la herida menos grave, a la fractura del brazo, al sedal en el muslo, que algunos se impacientan y se producen el trauma por sí mismos. Las ordenanzas militares son muy severas al juzgar tan reprobable práctica: la castigan con la máxima pena. El hombre es así: tiene algo peor, algo más complicado y perfecto que el instinto de conservación que tan magníficos servicios presta a los animales. El hombre tiene inteligencia, capacidad de razonar: asusta pensar por qué extraños caminos de la razón, un hombre que tiene miedo a morir heroica y bellamente, comete una especie de suicidio a medias —que es la automutilación— y se expone a morir de cara a un paredón.

Paco era alto y fuerte, pero flojo de ánimos. Legionario de fachada, enamorado de su uniforme limpio, de sus patillas de bravucón, de sus canciones guerreras, pero enemigo de los riesgos, de las incertidumbres y las fatigas: legionario a medias. La Virgen del Dolor Mayor no parecía muy dispuesta a ayudarle en sus nobles aspiraciones a convertir-